

Los doctores y la Trinidad: iconografía de una pintura del siglo XVIII

El Museo Regional de Querétaro conserva una pintura al óleo sobre tela cuyas medidas son 506 cm de largo por 303 cm de alto, bajo el número de catálogo 10-055-55-06, firmado por José de Ibarra en 1743, y que lleva el título *Alegoría de la Defensa del Dogma de la Inmaculada Concepción*. La obra ha sido restaurada por Marisa Gómez y se encuentra expuesta en una de las salas del museo.¹

El nombre que hoy ostenta la pintura con seguridad se le impuso en tiempo muy posterior y no por el pintor, pues como veremos son pocas las referencias de la Inmaculada Concepción que se manejan dentro de la obra, sin desconocer que fueron varios los doctores de la Iglesia que en algún momento defendieron diversos aspectos marianos.

La pintura incluye doce personajes, que por su manera de vestir y el gorro con el cual algunos de ellos se tocan, evidentemente hacen alusión a doce de los 33 doctores de la Iglesia; aparecen además dos grandes ángeles y seis *putis*. Los doce personajes portan plumas de ave que los escritores usaban para redactar sus textos, con obvia intención de proporcionar a los doctores las armas de su oficio. En medio de la pintura hay una fuente y, en el centro de ésta, un libro con dos sellos, un corazón y un báculo de obispo. A los lados de la fuente, un par de herejes, hombre y mujer; el varón lleva orejas de burro y está cegado por una venda que le cubre los ojos, lo que indica su ceguera voluntaria. Del lado contrario, la mujer representa a la gorgona, ya que sus cabellos son serpientes, símbolo de peligro, pues en la mitología griega la gorgona con-

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Agradezco a varias personas que de diversas maneras me han ayudado con este artículo: a las licenciadas Marisa Gómez, y Claudia Pilar Dovalí, jefa del Departamento de Difusión del Museo Regional de Querétaro, y a Ramiro Valencia por las fotografías que ilustran este artículo.



Fotografía 1. Óleo sobre tela, firmado por José de Ibarra en 1743. Fotografía de Ramiro Valencia. Museo Regional de Querétaro, INAH.

vertía en piedra a quien la veía. Al extremo derecho se encuentra un tercer hereje, derribado por tierra, que como en el caso de san Pablo cae por una luz que lo deslumbró, que es la presencia de Dios; por ello es que este tercer hereje intenta cubrirse el rostro. En el extremo izquierdo, dos ángeles niños portan un libro, símbolo de la verdad y la sabiduría, ambos ignorados por los herejes. Como fondo se observa una fortaleza y un cielo con nubarrones.

¿Qué significa todo esto?, intentaremos descifrarlo.

Desde luego, no es fácil reconocer a los doce doctores, por el hecho que sólo algunos presentan los atributos que permiten identificarlos, pero como vemos todos los santos varones están reunidos en grupos de tres, lo que nos lleva de inmediato a relacionarlos con la Trinidad, tema teológico que ha preocupado a muchos pensadores cristianos y, en especial, a los doctores de la

Iglesia; es muy conocido el pasaje de la vida de san Agustín, quien deseando comprender cómo es posible que sean tres personas distintas y un sólo Dios verdadero; peripatéticamente, a la orilla de una playa vio cómo un niño intentaba verter el agua del mar en un hoyo, por lo que dijo al infante que su tarea era imposible, pues el agua volvía al mar a través de la arena, a lo que el niño le replicó que lo mismo le sucedía con el problema que trataba de desentrañar.

Por ello, para descifrar quiénes son los doctores de la pintura, buscaremos entre las obras que ellos escribieron, cuáles están dedicadas a la Trinidad, y de esta manera poder identificarlos.

En el extremo izquierdo, a la sombra de un ángel niño y otro adulto, se ven tres doctores muy cercanos entre sí, son tres de los cuatro doctores griegos: Basilio *el Grande*, Gregorio Nacianzo o Nacienceno, y Juan Crisóstomo, los cuales hacen contrapeso a los cuatro latinos que



Foto 2. Doctores griegos: Basilio *el Grande*, Gregorio Nacianzo o Niazanceno, y Juan Crisóstomo. Con vestimenta blanca, está representado el doctor san Bernardo de Claraval. Fotografía de Ramiro Valencia, detalle. Museo Regional de Querétaro, INAH.

son san Gregorio *el Grande*, papa, san Agustín de Hipona y san Jerónimo. De los doctores griegos se eliminó a san Atanasio y de los latinos a san Ambrosio; el grupo de los latinos aparece casi en el centro de la pintura.

San Atanasio (295-373), obispo de Alejandría, seguramente fue suprimido, porque aparte de haber nacido en Egipto² y no en Grecia, no fue un hombre de sólida instrucción y aun cuando escribió, entre otras obras, *Le Discours contra le*

² En Egipto, desde el reinado del general griego Ptolomeo, subordinado de Alejandro Magno, hubo una importante colonia griega, e incluso se dice que aún existen descendientes que hablan, en familia, el griego.



Foto 3. Doctores latinos: san Gregorio *el Grande*, papa; san Agustín de Hipona y san Jerónimo. De pie, está san Buenaventura, doctor griego. Fotografía de Ramiro Valencia, detalle. Museo Regional de Querétaro, INAH.

païns y sur l' incarnation du Verbe ("Discurso contra los paganos y sobre la Encarnación del Verbo"),³ "Es una refutación al paganismo y un verdadero descubrimiento del verdadero Dios. El pensamiento no es original, el libro se impone por su fogosidad y su atadura con Cristo".⁴ "Pero la formación filosófica de Atanasio no existe. Él escribe para instruir y convencer."⁵

Así que los tres doctores griegos del cuadro son san Basilio *el Grande*, san Gregorio Nacianzo o Nacianzo y san Juan Crisóstomo.

San Basilio *el Grande* fue obispo de Cesarea, ciudad en la que nació y murió (Capadocia, 329-379). Fue el primogénito en una familia de diez hijos, dos de sus hermanos fueron obispos y hoy son santos, san Gregorio de Niza y Pedro de Sebaste. Estudió en su ciudad natal, después en Constantinopla y finalmente en Atenas; ahí fue amigo y compañero de Gregorio Nacianzo. A los 27 años

³ A. Hamman, *Guide pratique des peres de L' Eglise*, Belgica, Desclée de Brouwer, 1967, p. 127.

⁴ *Idem*.

⁵ *Idem*.

fue profesor en Cesarea y después viajó a Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia para conocer la vida que llevaban los ermitaños,⁶ “Porque Basilio era asceta de cuerpo y alma. La ascesis es su elemento; es en ella donde vive, donde se mueve, donde su espíritu trabaja.”⁷

Posteriormente, en Antioquía, un cisma desgarraba a la Iglesia; dos obispos se contradecían y amenazaban crear más problemas entre oriente y occidente, Melesia y Paulino se enfrentaban en un conflicto de fórmulas trinitarias, la distinción entre sustancia y esencia, entre persona e hipóstasis. San Basilio intentó poner paz y orden con fórmulas simples y claras, pero el efecto no se vio hasta que ocurrió su muerte.⁸

Una nueva herejía tuvo que ser combatida por san Basilio, el Apolinarismo, que negaba la unidad de Cristo.⁹

San Basilio escribió tres libros; en el primero, rechaza la tesis eunomiana (del obispo Eunomio) de que el Padre sea por esencia engendrado o ingénito, y, por tanto, el Hijo, en cuanto se ha engendrado, sea por esencia distinto del Padre. El libro segundo rebate la tesis de que “ser engendrado” signifique tener origen en el tiempo y no ser eterno, y el tercero muestra que las diferencias de rango y en el orden de procedencia de las personas divinas no significan diferencia en la esencia.¹⁰

Otro tratado sobre la Santísima Trinidad, lleva el nombre *Del Espíritu Santo*, donde proporciona nuevas precisiones acerca del dogma de la Trinidad. Además de estos tratados escribió cartas y

homilias. Su enseñanza habitual es explícita: “El Espíritu procede del Padre... el Hijo es del Padre por generación; el Espíritu de una manera sagrada y misteriosa es también del Hijo”.¹¹

El segundo de los doctores griegos es san Gregorio Nacianzo, obispo de Constantinopla (329-390), nacido en Arianzo en Capadocia. Su padre de joven era pagano, después se convirtió y fue obispo de Nacianzo, y se le conoció como “Gregorio *el Anciano*”.

Gregorio estudió en la escuela de Cesarea y después en Alejandría para pasar a Atenas, donde coincidió con san Basilio. Ya ordenado sacerdote ayudó a su padre con el obispado de Nacianzo y, a la muerte de Gregorio *el Viejo*, se refugió en la soledad para meditar. En 381, durante el segundo concilio de Constantinopla, fue ratificado como obispo de esa ciudad.

San Gregorio Nacianceno, antes de ser ratificado como obispo, escribió 45 *Discursos*, de los que se conocen cinco,¹²

El primero expone y refuta los errores de los homeos concernientes a la naturaleza de Dios y al misterio de la Santísima Trinidad... el tercero establece la Trinidad de las personas, tanto en su consustancialidad en la unidad de la naturaleza y sus relaciones recíprocas en la unidad de acción; el cuarto se enfrenta al arrianismo, que veía en la Trinidad no solamente tres personas distintas, sino tres seres diferentes de los que uno solo, el padre, era verdaderamente Dios; no siendo los otros dos, el Hijo y el Espíritu Santo, sino sus primeras criaturas... finalmente en el quinto se dedica a probar por la Escritura la divinidad del Espíritu Santo.¹³

El tercer doctor de este grupo es Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla (344-407), na-

⁶ Raphael Sineux, O. P., *Los Doctores de la Iglesia*, México, Tradición, 1980.

⁷ Hans von Campenhausen, *Los Padres de la Iglesia*. t. I, *Los Padres Griegos*, Madrid, Cristiandad, 1974; Albert Viciano, *Patrología. Manuales de Teología Católica*, España, Edicep, 2001.

⁸ Raphael Sineux, *op. cit.*, p. 57.

⁹ *Ibidem.*, p. 58.

¹⁰ Albert Viciano, *op. cit.*, pp. 143-144.

¹¹ Raphael Sineux, *op. cit.*, p. 64.

¹² *Ibidem.*, p. 71

¹³ *Ibidem.*, pp. 71 y 72.

cido en Antioquía, quedó huérfano muy pequeño; su madre Anthusa, de 20 años, fue viuda de Secundus, alto funcionario del Imperio. San Juan Crisóstomo, en su ciudad natal, fue alumno del célebre Libanio y se inició en el estudio de las Sagradas Escrituras bajo la dirección de Diódoro, futuro obispo de Tarso. Buscando la comunicación con Dios vivió seis años en la soledad como ermitaño, pero con una salud frágil tuvo que regresar a Antioquía. Durante doce años el pueblo de su ciudad estuvo pendiente de su “boca de oro”, este es un título encomiástico que en la Iglesia latina sólo lo recibió el obispo de Ravena, Pedro *Crisólogo* (Palabra de oro).¹⁴

San Juan Crisóstomo no habla directamente de la Trinidad, pero sí hace referencias muy claras cuando escribe de Cristo y su doble naturaleza y la única persona del verbo encarnado: “El Hijo de Dios se ha hecho Hijo del hombre, a fin que los hijos del hombre viniesen a ser hijos de Dios”.¹⁵

Por otro lado, un segundo grupo de tres personajes casi en el centro de la pinrura, un poco a la izquierda, se identifican aquí sí muy claramente: san Agustín de Hipona, vestido como obispo y tocado con la mitra, en medio san Gregorio Magno tocado con la tiara, ambos llevan un libro, y finalmente san Jerónimo, vestido de rojo como si fuera cardenal, lo que no fue, ya que en los tiempos que vivió no existía el cardenalato, no lleva libro sino una pluma; pues él fue el autor de la traducción de la Biblia al latín, la cual se conoce como *Biblia Vulgata*, escrita cotejando tanto el texto judío como el griego. Esto lo hizo por orden del papa Dámaso, ya que no existía un texto bíblico en latín.

San Agustín Aurelio nació en Tagaste (hoy Argelia), en el norte de África, cuando esta enorme

región estaba dominada por Roma. Fue su padre un pagano, Patricio, y su madre una cristiana, Mónica; gracias a la educación que recibió, auspiciada por su madre, Agustín siempre tuvo presentes tres principios: 1. La existencia de Dios-Providencia a quien se puede invocar con confianza; 2. Cristo hijo de Dios Salvador de los hombres, y 3. La vida futura con el Juicio Divino que fija la suerte eterna de cada quien.

Sus primeros estudios los realizó en Tagaste; pasó después a Cartago, donde inició una vida desordenada de la cual nació su hijo, al que puso por nombre Adeodato (dado por Dios). Al mismo tiempo que se hacía maniqueo y gracias a la protección de Símaco, jefe del clan pagano, Agustín fue a Milán en espera de hacer fortuna. En Milán, conoció a san Ambrosio, quien lo encaminó hacia su conversión al catolicismo, la cual se dió leyendo un libro que el obispo de Milán le había prestado y que él leía sentado bajo una higuera en su casa, donde al abrir el libro encontró la frase: “No viváis para la buena mesa ni en el libertinaje de la impureza; sino que revestíos de Cristo y renunciad a los deseos de la carne”;¹⁶ aunque otra versión dice que fue un ángel quien le dio el libro diciéndole: “Toma y lee”.

Agustín se bautizó en el año 387, junto con su hijo Adeodato y su amigo Alipio. En 395 Valerio, obispo de Hipona, lo tomó como coadjutor, confirniéndole desde ese momento la consagración episcopal. Agustín, ya como obispo, combatió el maniqueísmo y desde entonces se dedicó a combatir las herejías que surgían en su tiempo, como el donatismo, el pelagianismo o el arrianismo. En 430, “san Agustín se extinguió pero para venir a ser una luz del mundo”.¹⁷

¹⁴ Albert Viciano, *op. cit.*, p. 176.

¹⁵ *Ibidem*, p. 106.

¹⁶ Raphael Sineux, *op. cit.*, p. 177.

¹⁷ *Ibidem*, p. 182.

Es notable el número de obras que escribiera san Agustín de Hipona, en las que se manifiesta como un fiel seguidor del filósofo griego Platón, cuya filosofía Agustín trató de ponerla al servicio del cristianismo.¹⁸ De ese mundo de trabajos, sobresalen, por ser las más conocidas, *La Ciudad de Dios* y las *Confesiones*, pero hay otras mucho más profundas teológicamente, como *De la Trinidad*, donde explica todo aquello que le llevará una vida de meditación.

Gregorio Magno nació en Roma, en una familia patricia y cristiana. A los 30 años de edad era prefecto de Roma, y fue cuando decidió renunciar al mundo para abrazar el ideal monástico, siguiendo los pasos de san Benito de Nursia, quien desde hacía medio siglo había fundado a los benedictinos. Gregorio fundó, en sus propiedades de Sicilia, seis monasterios y se dedicó al estudio de la Biblia y los santos padres.

El papa Benedicto I lo nombró diácono regional encargado de una de las siete circunscripciones en el año de 577. A la muerte de Pelagio II, Gregorio fue aclamado Papa en forma unánime por el senado, el clero y el pueblo. Él mismo comparó a la Iglesia de su tiempo “con una barca vieja y carcomida, suspendida sobre el abismo y crujiendo como a la hora del naufragio”.¹⁹

Proclamado Grande y Santo aún en vida, se le otorgó desde el día de su muerte, en el año 604, un enorme culto.

A san Gregorio se le atribuyen las *misas gregorianas* y los *cantos gregorianos*, los cuales han llegado hasta nosotros, no así toda su obra escrita, de la que poco conocemos.

Muchos autores han escrito que Gregorio sentía una gran admiración por san Agustín, y que a un prefecto de África le contestó de esta mane-

ra: “Estudad los escritos del bien aventurado Agustín, vuestro compatriota; cuando hayáis gustado de su harina pura, ya no pediréis vuestro salvado”.²⁰ En san Gregorio no hay novedad en su teología, sino una fidelidad constante a la doctrina del obispo de Hipona, en todos sus puntos esenciales del dogma católico: gracia preveniente y predestinación gratuita; maternidad divina y virginidad perpetua de María; necesidad y valor redentor de la Pasión de Cristo; presencia real de Jesucristo en la eucaristía y carácter sacrificial de la misa; juicio particular que fija la suerte de las almas inmediatamente después; bienaventuranza en la visión de Dios para los justos, reprobación y pena del infierno eterno para los impíos, añadidura de expiación temporal en el purgatorio para las que no han acabado su penitencia aquí abajo; en fin, resurrección de la carne y juicio último con el segundo advenimiento de Cristo en su gloria.²¹ Todo esto es lo que seguramente llevó a representarlo junto con san Agustín y san Jerónimo.

Jerónimo creció con el nombre de Eusebio, que era el nombre de su padre. Jerónimo es sólo un nombre adquirido en la posteridad. “He nacido cristiano, de padres cristianos; desde pequeño he sido amamantado en el catolicismo”.²² Nació entre Dalmacia y la Panonia; a los 18 años aún era catecúmeno y pasó a Roma para ser bautizado por el papa Liberio. Estudió gramática, retórica, a los autores griegos y latinos y quizá en esta época decidió convertirse en servidor de Dios. Viajó por la Galia, Tracia y la Capadocia antes de llegar a Antioquía. Por problemas con su hermana decidió irse a Oriente, donde el desierto florecía con los ermitaños, y ahí vivió entre ascetas y escorpiones, con diabólicas visio-

¹⁸ *Ibidem*, p. 183.

¹⁹ *Ibidem*, p. 250.

²⁰ *Ibidem*, p. 253.

²¹ *Ibidem*, pp. 153-154.

²² A. Hamman, *op. cit.*, p. 250.

nes que combatía con la oración. En esa soledad tenía suficiente tiempo para la meditación y la lectura de los libros de su biblioteca que había llevado desde Roma.

Después emigró a Constantinopla, donde conoció a Gregorio Nacianceno. En 382 participó del Concilio y fue tomado por el papa Dámaso como su secretario y, por su indicación, trabajó la Sagrada Escritura. A la muerte del Papa, para evitar las envidias, se estableció en Belén y en Jerusalén; posteriormente fue a Egipto y regresó a Belén, donde se dedicó al estudio y la meditación de la Sagrada Escritura, pues siempre llevó consigo su biblioteca. Murió en 420.

Su obra es importante y destaca en ella, como ya se mencionó, la traducción que hizo de la Biblia al latín, conocida como *Biblia Vulgata*, pero el lugar que se gana en la pintura de los doctores se debe a su obra *Libro contra Juan de Jerusalén*,²³ donde analiza los errores de los que no había procurado retractarse el obispo origenista:

1. En la Trinidad el Hijo no conoce al Padre, ni el Espíritu Santo conoce al Hijo. 2. Las almas humanas están aprisionadas en un cuerpo en castigo de sus pecados. 3. Antes de pecar Adán y Eva no tenían cuerpo. 4. El paraíso terrenal no es sino una alegoría.²⁴

San Jerónimo escribió más de 117 cartas, todas auténticas, pues era consultado universalmente, es decir, su universo; el mismo san Agustín le escribía y, en una carta, Jerónimo le contestaba lo siguiente: “Te aconsejo, jovencito, que no vengas a la arena de la Sagrada Escritura a provocar a un anciano”.²⁵ Es de suponer que debieron tratar el problema de la Santísima Trinidad.

²³ Raphael Sineux, *op. cit.*, p. 157.

²⁴ *Idem.*

²⁵ A. Hamman, *op. cit.*, p. 255.



Fotografía 4. Santo Tomás de Aquino. Fotografía de Ramiro Valencia, detalle. Museo Regional de Querétaro, INAH.

Ahora bien, el tercer grupo se encuentra entre los doctores griegos y los latinos, y en él están representados san Bernardo de Clairvaux (en español, de Claraval), san Buenaventura y santo Tomás de Aquino.

En el extremo izquierdo, el personaje que viste totalmente de blanco es san Bernardo de Claraval, llamado el *Doctor Melifluo*. Nacido en el Castillo de Fontainesles, Dijon, siendo el tercer hijo de siete que tuvieron sus padres, a los cuales dieron una muy esmerada educación. Bernardo estudió con los canónigos regulares de Saint Borles, el *trivium*, o sea retórica, gramática y dialéctica; se familiarizó con autores profanos y los padres de la Iglesia y, sobre todo, con la lectura de la Biblia.

A pesar de la oposición paterna, Bernardo de Claraval, junto con una veintena de jóvenes amigos, solicitó ser aceptado por el hoy san Esteban Harding dentro del Cister, entonces en la reciente fundación de la abadía de Molesme.²⁶

Para 1115, a la edad de 25 años, Bernardo de Claraval era el abad de sus monjes y el obispo de Chalons sur Marne. El erudito Guillermo de Champeaux lo ordenó sacerdote. Al fin de los días de san Bernardo, la orden tendría 700 mon-

²⁶ Raphael Sineux, *op. cit.*, p. 322.

jes en 160 abadías, dispersas por Francia, España, Irlanda, Escandinavia y Hungría.

Hasta este momento hemos visto cómo los seis doctores se preocuparon por el estudio de la Trinidad, lo que divulgaban a través de sus escritos, homilias, cartas, libros, etcétera. En los siguientes seis doctores, encontraremos, aparte del interés por la Trinidad, una devoción manifiesta, también en sus escritos, por la Virgen María. Fue san Bernardo uno de los más apasionados enamorados de la madre de Jesús; él solía llamarla “Violeta de Humildad”.

El papa Honorio II, en el Concilio de Troyes, en 1128, le encargó plantear las bases de una nueva milicia, cuya misión sería defender Tierra Santa; así escribió *El Elogio de la Nueva Caballería*, libro que sería el germen de los estatutos de la Orden de los Templarios u Orden del Templo. Vestidos de blanco, como los cistercienses, los templarios deberían también vivir como “pobres soldados de Cristo”, y realizar el doble ideal del “soldado intrépido” y del “cristiano consagrado al amor de Dios”.²⁷

Fue Bernardo quien llamó a la segunda cruzada en diciembre de 1145, a nombre del papa Eugenio III, por cierto, monje del Cister convertido en sumo pontífice.²⁸

Aunque no precisamente sobre la Trinidad, san Bernardo (llamado el *Doctor Melifluo*) escribió acerca de Dios los siguientes libros: *El libro del Amor de Dios*; causas, origen, medida y grados de este amor; *La razón de amar a Dios mismo*, y *La medida de amarlo es amarlo sin medida*. Primeramente egoísta e interesado, el amor se purifica de manera gradual: amor de uno mismo, amor de Dios por uno mismo, amor de Dios por Él mismo, amor puro o, dicho de otra manera, amor

propio, amor mercenario, amor filial, amor beatífico.²⁹

De los libros dedicados a la Virgen destacan: *Alabanzas a la Virgen María*, la *Natividad de María* y *Sermón de la Asunción*. San Bernardo de Clairaval murió el año de 1153.

El segundo de los doctores de este tercer grupo es san Buenaventura. En el cuadro aparece como purpurado, es decir, como cardenal. Frecuentemente llamado *El Doctor Seráfico*. Nació en Bagnorea, cerca de Viterbo, en Toscana. El santo nació en 1221, con el nombre de Juan de Fidanza; durante su infancia, una grave enfermedad estuvo a punto de quitarle la vida; fue el propio san Francisco de Asís quien le devolvió la salud, por lo cual su madre Ritilla celebró lo sucedido llamándolo *Buona ventura* (Buena suerte).

Entusiasta del ideal franciscano, tuvo dudas para profesar como religioso, pero el solo recuerdo de la Pasión de Cristo bastó para disipar sus vacilaciones.

En 1253 ya era maestro de la Universidad de París, donde impartía cursos de teología y exponía, de muy brillante manera, temas como “los misterios de la Trinidad y de Cristo”.

En 1273, el papa Gregorio X lo ordenó formalmente, y además aceptó, la doble dignidad de cardenal y obispo de Albano. Fue en la ciudad de Lyon, después del Concilio Ecuménico, cuando a la edad de 53 años san Buenaventura expiró un 14 de julio de 1274.

Aparte de sus cursos, donde se evidencia su interés por la Trinidad, san Buenaventura escribió *El Árbol de la Vida* o *Árbol de la Cruz*, un conjunto de 48 meditaciones acerca de la vida y la muerte del Divino Salvador, y enseguida dejó *Oficio de la Pasión del Señor*, en el que se dice que

²⁷ *Idem*.

²⁸ *Ibidem*, p. 330.

²⁹ *Idem*.

la vida contemplativa se realiza en el ardiente amor del Divino Crucificado.

Por último, el tercer personaje de este grupo es nada menos que santo Tomás de Aquino, tal vez el más importante de los doctores de la Iglesia, quien fue llamado *Doctor Angélico*.

El santo nació en el castillo de Roccasecca, cerca de Aquino, en el reino de Sicilia; fue el séptimo hijo de una familia de doce miembros. Desde la edad de cinco años fue confiado a los monjes benedictinos de Monte Casino. Después fue a la Universidad de Nápoles; el frecuente trato con los profesores de la Orden de Santo Domingo lo inclinaron a definir su vocación, tomando el hábito de los Hermanos Predicadores a los 18 años.

En 1245 estudió en Colonia y posteriormente en París, donde fue discípulo de san Alberto *el Grande* y donde tal vez hizo amistad con san Buenaventura, lo que ha permitido que en el arte con frecuencia se les represente juntos, como si fueran los sustitutos o suplentes de san Francisco y santo Domingo, a quienes, a partir del sueño del papa Inocencio III, se les representa hermanados.

Se dice que santo Tomás de Aquino se apoyó en la obra de san Agustín de Hipona,³⁰ considerado el principal teólogo de la iglesia occidental y como representante de la tradición cristiana, recordando que san Agustín era neoplatónico, en tanto que santo Tomás era neoaristotélico.

La obra escrita de santo Tomás de Aquino es muy extensa, con trabajos como *La cadena de oro*, glosa sobre los Cuatro Evangelios; *Suma contra los gentiles*. *La Metafísica*, por definición, transporta al espíritu humano más allá de la física y sobre todo, destaca la *Summa Teológica*, obra de gran importancia como análisis teológico.

³⁰ Jean Laporte, *Los Padres de la Iglesia. Padres Griegos y Latinos en sus textos*, Madrid, San Pablo, 2004, p. 233.



Fotografía 5. San Pedro Canisio, san Roberto Belarmino y san Francisco de Sales. Fotografía de Ramiro Valencia, detalle. Museo Regional de Querétaro, INAH.

En el cuarto y último grupo que se encuentra a la derecha y tiene como fondo la fortaleza, los tres doctores se cubren con sendos gorros, dos lo hacen como doctores y el del centro lo hace con un bonete rojo; se trata, desde luego, de un cardenal, que además lleva una pluma, lo que indica que es escritor, en tanto que los otros dos portan grandes libros, lo que nos habla de su sabiduría. No llevan símbolos personales y aquí es probable que se trate de san Pedro Canisio, san Roberto Belarmino, ambos miembros de la Compañía de Jesús, además de san Francisco de Sales.

El primero de los doctores de este grupo debe ser san Pedro Canisio, jesuita, holandés de origen, nacido en 1521, cuando Lutero rompía con Roma y san Ignacio de Loyola abandonaba el mundo material para sumergirse en el espiritual. San Pedro recibió una formación literaria y filosófica en Arnheim y después en Colonia. A los 19 años recibió el grado de maestro en artes; fue entonces cuando escuchó una voz que le pedía: "Ve, enseña el Evangelio a toda criatura". Poco después solicitaba su admisión en la Compañía de Jesús; ordenado diácono en 1544, y bachiller en teología, se inició en el ministerio apostólico y entró en la lucha contra el protestantismo. En 1546 fue ordenado sacerdote, ade-

más de ser el primer titular de la provincia de Alemania. San Pedro Canisio falleció el 21 de diciembre de 1597.

El padre Canisio participó en el Concilio de Trento, fue parte de la Contrarreforma en su lucha contra el protestantismo. Sus libros son obras que pretenden la difusión de los temas y problemas cristianos; destacan la *Doctrina cristiana bajo la forma de preguntas, para uso de la niñez cristiana, editada por orden y bajo la responsabilidad de su Majestad el Rey de Roma, Hungría y de Bohemia, archiduque de Austria* y el *Catecismo católico necesario para la formación de la juventud en este siglo...*

El segundo doctor de este grupo es san Roberto Belarmino, jesuita, quien de niño fue débil y enfermizo pero de una muy luminosa inteligencia. A los 18 años pidió su ingreso a la Compañía de Jesús y, al terminar su noviciado, se le envió al Colegio Romano para que estudiara filosofía. En 1570 se ordenó sacerdote. En ese tiempo se enfrentó con el heresiarca Bayo, condenado por el papa Pío V.

Belarmino, al ser miembro del Santo Oficio, participó en el proceso de Galileo Galilei y siempre fue enemigo de una condena prematura de esta hipótesis científica. También colaboró en el proceso que se le siguiera al dominico Giordano Bruno, a quien trató de convencer de abjurar de sus tesis y, además, se opuso a la condena que le siguió.

Campeón de la fe católica y polemista hasta en su lecho de agonía, antes de expirar quiso ratificar solemnemente ante testigos cuanto había dicho y escrito, tanto sus exposiciones doctrinarias como sus refutaciones de las herejías. Murió el 17 de septiembre de 1621.

La obra más importante de san Roberto Belarmino es *Discusiones sobre controversias de la fe cristiana contra los herejes de este tiempo*. Si bien

es cierto que en la obra de Roberto Belarmino no hay trabajos que traten directamente acerca de la Trinidad, es indiscutible que era un problema que conoció y estudió por medio de san Agustín y santo Tomás de Aquino, a quienes estudió a profundidad; pero como san Juan Damasceno, una de sus ocupaciones y preocupaciones fue el combate a la herejía.

El tercer doctor es san Francisco de Sales, nacido en Chateau de Thorens, cerca de Annecy. A los 15 años viajó a París e ingresó al Colegio de Clermont, de los jesuitas; pronto fue bachiller en artes, continuó con filosofía y después teología. En 1588 Francisco estuvo en la Universidad de Parma, donde estudió derecho, conoció a Carlos Borromeo y a Felipe Neri; más tarde se relacionó con Roberto Belarmino. En 1604 se convirtió en director espiritual de la baronesa Juana Fremiot de Chantal, con la que fundó la Congregación de la Visitación de Santa María (Las Visitandinas). Murió a la edad de 55 años, el 28 de diciembre de 1622.

Su obra escrita es abundante; en ella se encuentra un pequeño tratado de la *Fe católica en la Santísima Trinidad, La Regla de San Agustín y las constituciones para las hermanas de la visitación*. Estudió a fondo a los padres de la Iglesia, en particular a san Agustín, santo Tomás de Aquino y Duns Scoto, y con él admite que el "Verbo de Dios se habría encarnado aún cuando el hombre no hubiese pecado".

Como ya se habrá notado, estos tres doctores corresponden al Renacimiento, pues cubrieron el periodo de 1521 a 1622. El cardenal Belarmino murió en 1621 y, un año después, Francisco de Sales, en tanto que san Pedro Canisio falleció en 1597, por lo que los dos jesuitas participaron en el Concilio de Trento (1542- 1564), en tanto que san Francisco de Sales debió estar bien enterado de lo que en él sucedía.

A los pies de estos tres doctores se encuentran tres herejes, uno con orejas de burro, el intermedio como la medusa, en lugar de cabellos lleva serpientes, y otro más que trata de liberarse del acoso de un angelito; se puede sugerir que uno de estos personajes debe ser Lutero.

Entre los dos primeros herejes se ve una fuente, la cual simboliza en primer lugar al bautizo, por cuyas aguas se borra el pecado original; también es un símbolo mariano a partir del texto bíblico: “Es un manantial cercado de jardines, un pozo de aguas vivas que corren del Líbano”.³¹ San Juan Crisóstomo, en sus *Homilías*, presenta una acepción simbólica: en una escena de sus miniaturas, el pergamino que el santo está escribiendo se prolonga hasta formarse un arroyo, donde beben varios obispos arrodillados y es que el agua es interpretada como símbolo de sabiduría.³² Sobre el surtidor de la fuente se encuentra un libro, símbolo de conocimiento, ciencia, erudición y sabiduría; es también símbolo de la revelación divina;³³ todo ello es algo que los doctores poseen. Sobre el libro se ve un corazón, que es el símbolo del amor y la comprensión divina, pues el Señor ve el corazón, “el Señor no ve al hombre como el hombre lo ve, ya que el hombre ve la apariencia externa, pero el Señor ve el corazón”;³⁴ el corazón representa el inmenso amor de Jesús o de María hacia la humanidad. En general, el corazón de Jesús se representa tocado con una corona de espi-

nas, en tanto que el de la Virgen lleva una de flores y, al parecer, el corazón sobre el libro es el de los obispos y doctores de la Iglesia, pues no hay que olvidar que muchos de ellos fueron feroces defensores de numerosos aspectos de la vida de la Virgen. Ya hemos dicho, por ejemplo, que san Bernardo de Claraval fue un enamorado de ella. Los judíos, como los cristianos, consideran al corazón como sede, principalmente del amor, aunque también de la intuición y de la sabiduría.³⁵ Junto al corazón se ve un báculo, que es el cayado de los obispos, en su calidad de pastores del rebaño cristiano al que guiaron con amor.

La fortaleza simboliza la protección, el refugio, la seguridad, el seno divino de la fe, donde el cristiano se encuentra salvado de los demonios.³⁶

Respecto a los nubarrones, representan las diversas herejías que fueron surgiendo desde el inicio del cristianismo hasta muy avanzada la Edad Media; herejías que se combatían con el destierro de los responsables, la persecución armada, condenas de muerte y con el establecimiento del dogma por medio del cual se pretende poner fin a las rebeldías. Es aquí donde los doctores de la Iglesia marcan las pautas a seguir.

Finalmente es necesario mencionar que en un artículo que publicó el maestro Rogelio Ruiz Gomar,³⁷ en el libro *Museo Regional de Querétaro. 50 años*, presenta este cuadro bajo el título de “Alegoría de la defensa de la Inmaculada Con-

³¹ “Cantar de los Cantares”, vers. 4-15. Reina-Valera, *Santa Biblia*, México, Mundo Hispánico, 1982.

³² Federico Revilla, *Diccionario de iconografía y simbología*, Madrid, Cátedra, 1999.

³³ Jack Tresidder, *Diccionario de los símbolos. Una guía ilustrada para imágenes, iconos y emblemas tradicionales*, México, Tomo, 2003.

³⁴ Gomm Spahcarr, *Diccionario de Arte a partir de sus símbolos*, México, Grupo Editorial, p. 67.

³⁵ Udo Becker, *Enciclopedia de los símbolos*, México, Océano/Robin Book, 1996.

³⁶ *Ibidem*, p. 69.

³⁷ Rogelio Ruiz Gomar, “Las colecciones de pintura del Museo Regional de Querétaro”, en *Museo Regional de Querétaro. 50 años*, México, Dirección de Patrimonio Cultural/Secretaría de Cultura y Bienestar Social del Gobierno del Estado de Querétaro, 1986, pp. 176-177.

cepción”, en donde ofrece una interpretación diferente a la ya tantas veces mencionada pintura.

Es una pena que no sepamos a quién perteneció la pintura, pues sería más fácil identificar a los santos doctores; al parecer pudo haber sido propiedad de alguna de las instituciones de la Compañía de Jesús, por el concepto tan elaborado que, evidentemente, no fue creación de don José de Ibarra; la idea debe ser o de un teólogo, ¿jesuita?, o, como era frecuente, copia de un gra-

bado europeo. Tal vez esta obra fuera expuesta en una sacristía o en la sala de algún colegio, lugares frecuentados por personas con una preparación religiosa más profunda que la simple devoción popular. Los personajes de la pintura no son los santos a los que se les solicite salir con bien de una enfermedad, o preserven de algún fenómeno natural una cosecha; no, son santos de una elite intelectual muy por encima del pueblo cristiano común y corriente.

